

EL REGALO DE VANNA

Resumen: Un joven jesuita filipino fue enviado como seminarista a trabajar en Camboya. Se le asignó por obediencia a trabajar en una institución jesuita para las víctimas de las minas terrestres (uno de cada siete entre los camboyanos). Al principio, encontró la belleza de la tierra y de las personas.

Sin embargo, cuanto más veía las víctimas, menos lo podía creer. Llegó a pensar: ¿Existe un Dios? Ahora ordenado y de vuelta en Camboya, nos escribe acerca del impacto del trabajo con los discapacitados graves.

Los rayos dorados del sol de la mañana llamaban los ricos campos a la vida y los pájaros cantaban alegremente en el tamarindo. La oración monótona de los monjes recitando las reglas de Buda en un templo cercano llenaba el aire. Mi corazón, sintiéndose aún extraño en esta tierra, buscó a Dios y rezó por la paz y la prosperidad. Era octubre de 1994 en Camboya y yo estaba en la Escuela Técnica para Discapacitados Banteay Prieb, aproximadamente a 22 kilómetros de Phnom Penh.

Me senté en los escalones de madera de nuestra casa y miré alrededor. Dos largas construcciones blancas, paralelas entre sí, servían de escuela a los hombres discapacitados por las minas terrestres o la polio. Anteriormente, este lugar había sido un puesto militar. De hecho, unos meses antes de que yo llegara, material bélico y minas terrestres aún sin explotar habían sido desenterradas y detonadas. Al final de una de las construcciones había una hilera de ocho casas en las que vivían los estudiantes.

Observé a algunos de ellos maniobrando lentamente hacia la laguna de loto situada aproximadamente a 50 metros de sus casas para darse el baño matinal. Algunos saltaban sobre la pierna que les quedaba, uno reptaba por el sendero, algunos empulsaban sus propias sillas de ruedas, algunos se apoyaban en muletas. Otros caminaban normalmente y luego al llegar al agua se quitaban las prótesis. Sus risas se mezclaban con el canto de los

pájaros y la meditación de los monjes.

A medida que los recuerdos inundaban mi mente, mi corazón se hundía. Un estudiante había perdido su pierna al saltar de un tren cuando el vagón principal chocó con una mina. Para evitar la explosión, había saltado del tren sólo para aterrizar sobre otra mina terrestre que había en el suelo. Había sido granjero, con una esposa y tres hijos. Otro hombre discapacitado había sido soldado. Para proteger el lugar que le habían asignado, había enterrado minas alrededor del mismo. Esa noche la lluvia desplazó algunas minas terrestres hacia nuevos lugares, y él perdió ambas piernas al activar una mina en un sendero que creía seguro.

Otras escenas inundan mi mente: cientos de cráneos y huesos apilados unos sobre otros en una escuela primaria en la provincia de Kompong Speu, fotografías de cientos de personas torturadas en lo que se transformó el Museo del Genocidio de Tuol Sleng, los 10 millones de minas terrestres que se calcula están todavía enterradas en los vastos campos de Camboya, que evocan el miedo y el peligro para muchos aldeanos.

Y aquí estaba yo, un hombre joven entrenado para ser sacerdote jesuita, enviado para cuidar las necesidades de las personas en este lugar llamado “Centro de Paz”. Me habían enviado para acompañar a los estudiantes y para ayudar a brindar oportunidades para la paz y la reconciliación a la gente herida por la guerra, la violencia y la pobreza.

Los observé desde los escalones mientras luchaba con algunos de los aspectos de la verdad que me desafiaban. No podía imaginarme cómo esta gente aún luchaba para sobrevivir. Me parecía que se les había quitado toda la dignidad humana.

Me preguntaba ¿Qué clase de vida tenían? No es esta la cara del mal en el mundo? Sin proponérmelo, estaba frente una pregunta que nunca pensé siquiera en considerar.

¿Existe Dios?

Mi propia pregunta me asombró. Era un seminarista y había hecho mis votos en la Compañía de Jesús. ¿Cómo podía dudar de Dios? Me asusté, al punto de estar temblando, cuando me di cuenta que estaba respondiendo mi pregunta gradualmente: si no existe Dios, ¿cómo podía explicarse la cara del mal que

me rodeaba?

Esa pregunta me perturbó durante tres meses y mantuvo mi alma en la oscuridad. Perdí el interés por ir a misa y decir mis plegarias diarias. Ni la fe ni la filosofía pudieron rescatarme. Estaba perdido y lleno de culpa pero nada podía hacer. Cada día que pasaba, me convencía de que Dios no existía. Y finalmente me dije: aun cuando no exista Dios continuaré siendo una buena persona. Y una buena persona ayuda a otras y esa era mi misión aquí como seminarista: ayudar a otros.

Durante ese período de oscuridad, un estudiante, Vanna, una víctima de la polio que estaba en silla de ruedas, siempre venía a verme. Lo llamábamos el hombre de la pierna de elefante porque la parte inferior de su pierna derecha era casi del mismo tamaño que su muslo. Su pierna tenía gangrena y se hinchaba llena de pus. Cada vez que me venía a ver, yo tomaba un balde de agua tibia y le limpiaba la pierna con agua, comprimiéndola hasta sangrar, esto indicaba que le había sacado todo el pus. Solía sonreír mientras hacía esto porque quería que él sintiese que todo estaba bien. Le secaba la pierna y le ponía solución de betadina en las heridas. Luego de un breve intercambio, se iba alegremente en su silla.

Durante el tiempo que ayudé a Vanna, me di cuenta que cada vez me comprometía más con él. Buscaba maneras de ayudarlo. Comencé a explorar las posibilidades para que le amputaran la pierna y le colocaran una prótesis para que pudiera caminar nuevamente.

Después de casi tres meses, Vanna me vino a ver un día como cualquier otro para el tratamiento habitual. Lo estaba asistiendo ese día, cuando de repente sentí tanto calor en mis manos. Cuando le extraía pus de su pierna, sentí algo en mi corazón, un amor tierno y comprometido con un hermano, deseándole todo lo bueno. Comencé a darme cuenta de que estaba sintiendo AMOR, el amor que se preocupa por el otro, el amor que desea sólo lo que es bueno para la otra persona. Inmediatamente, el velo de oscuridad que me había envuelto durante los últimos tres meses, se descorrió. DIOS ES AMOR. *Si Dios es amor entonces Dios está aquí, en mi propia experiencia ahora mismo.*

*Si Dios es amor
entonces Dios está
aquí, en mi propia
experiencia ahora
mismo.*

mismo. Si, ¡existe Dios! Fue un momento de descubrimiento personal y esclarecimiento. En el misterio de estar unido con Vanna en su sufrimiento y ser una sola persona, redescubrí la presencia poderosa de Dios. Sentí una profunda paz dentro de mí.

Pronto las cosas estuvieron en su lugar. Me habían enviado para que mis amigos de Camboya, que habían pasado por un montón de sufrimiento y daño, experimentaran el amor y la paz de Dios. Esta era mi misión: traer la alegría, la compasión y la paz de Dios a personas que sufrían desde hacía tanto tiempo, a personas como Vanna, budista, que no podían saber que, a través de su discapacidad y su pobreza, me habían dado la paz y un sentido más profundo de mi propia vocación. Cuando yo lo ayudaba, él también me estaba ayudando. Los dos nos convertimos en portadores del amor y la paz de Dios.

Durante el resto de estadía en Banteay Prieb, sentí que mucha gente estaba sembrando pequeñas semillas de la paz. En una ocasión, escuché por casualidad a dos víctimas de las minas terrestres hablando. “Creo que eres uno de los que puso la mina que me voló la pierna”, le dijo el uno. “Puede que sea así, pero mira, ¡ahora soy el que te está enseñando a hacer ebanistería!”, contestó el otro.

Ahora trabajo como sacerdote en pueblos alejados de la prefectura de Battambang al norte de Camboya ayudando a las personas, especialmente a los pobres y vulnerables, para que encuentren la esperanza en la vida. En el resto de este país predominantemente budista, nuestro equipo en el Servicio Jesuita en Camboya continúa su trabajo de paz con los discapacitados y los pobres. De vuelta en Banteay Prieb, la tarea de entrenamiento vocacional continúa, inspirada por la memoria de un joven jesuita filipino llamado Richie Fernando que en 1966 entregó su vida para salvar una clase llena de estudiantes de la explosión de una granada. Cuando viajo de aldea en aldea por las calles polvorientas y los campos verdes en Camboya, recuerdo el regalo de Vanna, el mismo que trato de compartir con cada una de las personas que conozco: este imborrable sentido del amor infinito de Dios. Email: totet@jesuits.net